



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DEUANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11333

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 16 DE AGOSTO DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## CHAPARRON

### DE DESDICHAS

No eran bastantes las guerras coloniales que nos restaron extensos territorios, nos dejaron sin sangre y nos consumieron la fortuna entregándonos á la avaricia de los usureros; no eran suficientes las amenazas que sobre nuestras cabezas se ciernen, desplantes bochornosos de los fuertes hechos sin peligro de que el débil intente rechazarlos; no bastaba el problema interior que nos apremia, para darle rápida solución, amenazándonos con grandes peligros que habremos de afrontar con la frente alta y el ánimo sereno, como afrontaban los antiguos cristianos el martirio con que intentaban destruir su fé los emperadores romanos. Con ser difícil y pavorosa la situación en que nos encontramos, por culpas propias ó por ajenas culpas, aún hay otras desdichas que amenazan destruirnos arruinando lo poco que nos queda.

Y no es posible volver el rostro para no mirarlas, ni distraer el ánimo para echarlas del pensamiento: nos amenazan por manera fatal y será inútil pretender eludir las.

Las economías se imponen, grandes, tremendas como se impone el escalpelo cuando en la llaga apunta la gangrena. Esas economías van á ser la desesperación de mucha gente, llevarán el hambre á muchas familias, producirán muchas catástrofes y, sin embargo, con el corazón dolorido y el alma apenada, habremos de asistir al desmoronamiento, con el labio mudo y con aparente indiferencia y habremos de aplaudir á quien se atreve á producir males tan horros, porque de ellos ha de surgir nuevamente la patria feliz y satisfecha, poderosa y rica para recabar el puesto que tiene derecho

Y, no obstante, cabe preguntar si recogeremos el beneficio de tantos dolores, y no hallamos contestación á la pregunta.

Todo se conjura contra nosotros; desde los hombres á la Naturaleza, todo conspira en nuestro daño. Aquellos nos espían esperando que cualquier conflicto les dé pretexto para dar un zarpazo á esta tierra y quedarse con un girón entre las uñas. La Naturaleza nos agobia con sus espantables fenómenos que en forma de nubes asolan nuestros campos llevándose á la mar habilitaciones y cosechas que al desaparecer de los baneales, dejan tras sí la miseria y la muerte.

Y si fuera esto solo... Resignación bastante tienen los españoles para afrontar esas contrariedades; pero nos amenaza una que puede dar al traste con aquella virtud, hundiéndonos en lo más profundo del abismo que la desgracia ha abierto á nuestros pies.

La peste bubónica ha arribado á la nación vecina y ha hecho presa en Oporto. Nuestro cónsul en aquella población portuguesa, olvidando el deber en que estaba de dar cuenta al Gobierno, no ha dicho una palabra al ministro su jefe; y hoy, a los dos meses de haberse registrado el primer caso, nos dice,—no las cartas particulares ni las agencias telegráficas, sino la propia «Gaceta» lisbonense —que está alterada la salud en Oporto.

El daño que puede hacernos la vecindad de foco tan cercano, no es pequeño dada la explicación que se ha hecho de como ha sido invadida esa ciudad y la fecha lejana en que se verificó. En las playas portuguesas inmediatas á Oporto veranean millares de españoles que al saber la desagradable noticia se han replegado á la frontera para repararla.

¿Vendrán solos? ¿No caminará el microbio de la peste en la sangre en el equipaje de algunos de ellos?

Sería una desdicha; constituiría eso el complemento de nuestro daño, pues el comercio recibiría golpe rudísimo, del cual se resentiría toda la nación.

Sobre el gobierno ha caído una nueva obligación. En el deber está de salvar la nacionalidad, de resolver el problema económico y de defender nuestra salud.

Que Dios le ilumine.

## TIJERETAZOS

Procedente del Pueblo de Dios, ha legado á Zaragoza Benito de Dios.

Ha hecho el viaje en el caballo de Santiago, con el estribo al hombro.

Y se ha hospedado en el bueco de una puerta, en el cual ha pasado la primera noche.

Las demás las pasará en el manicomio, donde explicará la situación geográfica del pueblo de que procede.

Cada día hacen su aparición en el campo de la política unas nuevas declaraciones y se arma un nuevo ziplape.

Declaró Weyler y se nos puso la carne de gallina.

Abrió la boca Romero Robledo y nos pusimos á temblar.

Ha echado su cuarto á espaldas Martínez Campos y ha hecho presa el miedo de los ministros.

Ha dicho Pidal «esta boca es mía» y se han indignado los señores.

Hasta el duque de Tetuán ha dicho unas palabras y ha levantado gran polvareda.

Señores, no hay motivo para tanto.

Nosotros hemos leído las declaraciones de los hombres que aspiran á sacrificarse por nuestra felicidad y nada que no supiéramos nos ha enseñado la lectura.

Se trata de batir el record para ocupar el puesto de campeón del bú.

Nada más

## El vapor «Echo»

Llámanse así el vapor que el sábado entró en este puerto, procedente de

Oporto, y que tanta exaltación ha producido en la ciudad, al saberse que había sido declarada la peste bubónica en aquella ciudad portuguesa.

Dicho vapor entró en Oporto, procedente de Noruega, dejando en él una partida de bacalao y salió el día 8 con patente limpia, llegando á este puerto el sábado siendo admitido á libre plática y desembarcando la tripulación.

Por ser día festivo el siguiente, no pudo descargar el bacalao que traía, ni tampoco el lunes por estar descargando el vapor «Sevilla» que con igual cargamento había llegado directamente de Noruega.

Propagada ya la noticia de que en Oporto se había declarado la epidemia, el alcalde pidió instrucciones al gobernador de la provincia; celebrando detenidas conferencias con el director de sanidad marítima, capitán del puerto y consignatario del buque, á fin de impedir la descarga de éste en tanto no se recibieran las instrucciones que se tenían pedidas.

El gobernador contestó ayer, ordenando que el «Echo» fuese incomunicado, prohibiéndole descargar.

Aplaudimos de todas veras la actividad del Sr. Sanz, que desde el primer momento se puso á la altura de su misión, así como condenamos con grandísima energía el proceder de nuestro cónsul en Oporto, que traicionando de una manera descarada las leyes más sagradas de nuestros códigos, cuales son las que á sanidad se refieren, extendiendo patentes limpias el día 8, momentos antes de declararse oficial la aparición de la peste bubónica en Oporto.

## LOS RESULTADOS

### DE LA CONFERENCIA DEL HAYA

A medida que avanza la civilización y aprende el hombre á hacer de su inteligencia un uso provechoso, se dá perfecta cuenta de lo absurda que es la guerra, y se fortalecen en su corazón los anhelos de paz y concordia que brotan espontáneamente en toda clase noble.

Agobiados actualmente por unos enormes gastos militares que, consu-

miendo la totalidad de las rentas públicas, obligan á los gobiernos á forzar los tributos para hacerlos frente, originando así lamentables perturbaciones económicas y amenazando á la humanidad con brutales carnicerías, se ha generalizado el deseo de reducir los armamentos guerreros conque el conde de Kamarsky soñaba y que Robin Jusquemyns pedía al Instituto de Derecho Internacional que defendiera y propagara.

Olvidando las razones poderosas que se oponen á la realización inmediata de tan brillante idea, y que magistralmente había expuesto Lorimer en una carta artículo publicada en 1888 en la «Revue de Droit International et Legislation comparée», ó confiando quizá con un éxito más ó menos completo al parir la iniciativa del soberano ruso, el conde de Mouravief, su ministro de Estado, invitó á las potencias á una conferencia para tratar de la maneta de reducir ó limitar los contingentes militares activos que sostienen actualmente los estados.

Obligados por la cortesía y movidos por un impulso universal que los dirigía mal de su grado, por caminos de acuerdo y armonía, acogieron los políticos benévolamente la invitación imperial y se reunieron en el Haya.

¿Cuáles han sido los resultados de esta conferencia? En la imposibilidad de ponerse de acuerdo respecto al desarme, solamente se ha concedido redactar y aprobar un convenio de mediación y de arbitraje que aun suponiendo sea ratificado, por su carácter no obligatorio y por lo ambiguo de sus cláusulas no resuelve nada absolutamente.

Y sin embargo cabe pensar por ello, que ha sido infructuosa para la humanidad la reciente disuelta conferencia? Estimo que todo lo contrario.

Si nos fijamos en la marcha histórica de la idea luminosa de evitar los conflictos internacionales, mediante un arbitraje más ó menos perfecto, nos convencemos fácilmente de que se ha dado ahora un paso de gigante.

Enrique IV de Francia pensó un día desde las alturas de su trono tan dignamente ocupado por él, formar con los estados un tribunal, á la manera del Consejo de los Ausonios, que resolviera los conflictos internacionales. Su sabio ministro el marqués de Rosny, después duque de Sully al darnos cuenta en sus «Memorias» del

plomacia, dijo Orri; profesais exclusivamente el principio de que para conseguir de un hombre lo que se desea, el mejor medio es excitar y halagar sus pasiones.

—Os aseguro que Mr. Chevallier, dentro de seis días, antes de poner la peluca á nuestro admirable amo, le sapeja esta carta: yo acompañaría un retrato de la doña Esperanza; pero como no le hay, á falta de pincel hay que apelar á la pluma.

—Cuenta no hayais exagerado.

—¿Creeis que si el señor rey Luis XIV ve á doña Esperanza ó doña María, creará exagerado lo que le lea, escrito por mí, el señor Chevallier?

—Seguramente que no, dijo suspirando Orri: doña María es una dama perfecta; una hermosura admirable, una palabra encantadora, una mirada irresistible, y no sé, no sé si hacemos bien ó mal en tenderle un lazo: puede ser que nos sirviera mucho mejor que la princesa de los Ursinos; pero ya se ve, esa señora es impenetrable.

—Dejémosla ir, que si es tal como creéis, ya demostrará sus fuerzas allí, donde hay muchos más medios para la intriga que en esta tierra de gentes sería y espetada.

—¿Quién sabe, quién sabe si enviamos un mal enemigo á madama de Maintenon!

do manejar como el la cabeza de el rey nuestro señor Luis XIV.

—¡Bah, bah! pues entonces, bien; adelante.

—¡Habeis do saber, mi querido señor Chevallier, que por acá anda un diablillo hermosísimo que lo trae revuelto todo, y de tal manera, que creo hago mal en llamarle diablillo, en vez de diablo de primer orden: figuraos una dama de vuestra estatura, magníficamente desarrollada, mórbida, turgente, blanca como el ampo de la nieve, con los ojos enormes, negros como la noche, y los cabellos negros como las alas del cuervo: añadid á esto la travesura y la gracia española, una reputación sin taucha, treinta años que parecen veinte, un corazón de fuego, una imaginación diabólica y una ambición gigantesca, y podeis figuraros hasta qué punto andará el rey nuestro señor aturdido y vacilante, envuelto por los encantos de esta maga, cuyo poder es difícil hacer á comprender, así como su maravillosa hermosura y el encanto de su pureza por medio de una descripción; sería necesario que la viéssis y la tratáseis.

—¡Ah! Mr. Lesseps, vos habeis nacido para la di-